



AÑO V

MADRID, 20 DE ENERO DE 1928

NÚM. XLVI

Asamblea regional de Castilla y León en Valladolid.

Los representantes de los Centros de Burgos, Palencia, Salamanca, Oviedo y Valladolid expusieron la labor de sus respectivos Círculos de estudio.

Las Juventudes católicas campesinas.—Los maestros en las Normales y los sacerdotes en los Seminarios deben capacitarse para la formación de los jóvenes. Conferencias sobre las doctrinas evolucionistas en Valencia.

El domingo, 15 de enero, tuvieron un día de retiro los propagandistas de los Centros de Castilla y León. Se celebró en el Colegio de San José, de Valladolid, bajo la dirección del P. Encinas, rector del Colegio.

Al retiro asistieron el presidente de la Asociación, D. Angel Herrera Oria, que hizo un viaje a Valladolid exprofeso, y los Sres. Arrarás y Mantilla, del Centro de Burgos; Gil Robles y Fuentes Pila, del Centro de Madrid; Carral, del Centro de Oviedo; Paris, Cortés, Díaz Cuevas, Sanz, Alonso, García y Ortega, del Centro de Palencia; Torres y Manzano, del Centro de Salamanca; D. José M.^a Aldasoro, del Centro de Santander, y Escudero, Ruiz, Barriuso, Serrano, Soto, Martín, Belloso, Neguerela, Burgos, Ercilla (D. F. y D. L.), Bulnes, Zurro, Villamil, Hoyos (D. L. y D. M.), y Redondo, del Centro de Valladolid.

LA ASAMBLEA

Terminadas las prácticas propias del retiro se celebró una Asamblea, que presidió el Sr. Herrera, y a la que concurrieron, además de los propagandistas nombrados anteriormente, los señores D. Julián Fernández, D. Misael Núñez, D. Abraham Mucientes, D. Pedro Cantero y D. Andrés Mateo, todos ellos sacerdotes de Valladolid, que consagran su actividad a la dirección de obras de Juventudes. La Asamblea se ocupó de cuestiones de gran interés relacionadas con la acción católica social, y concretamente se discutieron los problemas que se han suscitado en la campaña social católica que se viene realizando.

Labor de los Círculos

: : de Estudios. : :

El Sr. MANTILLA, representante del Centro de Burgos en la Asamblea, expuso de una manera sucinta la actividad desarrollada por los propagandistas bur-

galeses en las reuniones semanales de su Círculo de Estudios y enumeró los actos diversos en que han tomado parte, entre ellos, en la Asamblea Eucarística, últimamente celebrada en la capital castellana. Las comuniones mensuales reglamentarias las tiene el Centro con absoluta regularidad, y a ellas acuden con puntualidad todos los miembros.

DON VALENTÍN GARCÍA, representante de Palencia, habló de la actuación del Círculo de Estudios de su provincia, que se dedica de un modo preferente, en las sesiones que una vez a la semana celebra, a examinar las cuestiones de actualidad en el orden social. Expuso cuál es la finalidad que se propone el Centro palentino con el ciclo de conferencias culturales que ha organizado, y que inauguró recientemente con una muy interesante el Sr. Silió, y puso de relieve la eficacia con que los propagandistas de Palencia han contribuido, no regateando esfuerzos de ningún género, a la constitución de la Asociación de Padres de Familia, que hoy funciona con tres comités: de lectura, de espectáculos y de enseñanza.

Destacó el Sr. García los éxitos logrados por el Centro en la obra que se ha impuesto de velar por la moralidad pública, y de los que son la adquisición de un quiosco donde se vende la buena Prensa y la creación de una biblioteca circulante, y terminó haciendo saber a la Asamblea que a los retiros mensuales reglamentarios del Centro palentino asisten, además de los propagandistas, caballeros identificados con ellos en espíritu, simpatizantes con la Asociación, de los que cabe esperar que sean protectores de la Obra.

El Sr. MANZANO, secretario del Centro de Salamanca, detalla la tarea que sin interrupción viene haciendo en sus reuniones semanales el Círculo de Estudios del Centro cuya representación ostenta. La labor, muy amplia en verdad, comprende Apologética, acción y actualidades

sociales, y de manera especial exposición y comentario de las encíclicas de los Papas, trabajo básico éste como medio de que los propagandistas adquieran la preparación necesaria para coadyuvar a los fines de la Asociación, sobre todo en el orden social.

Expuso el Sr. Manzano cómo el Centro de propagandistas de Salamanca ha logrado su propósito de establecer una íntima unión para la consecución de los fines comunes con todas las Asociaciones católicas de la diócesis, cualquiera que sea su clase y sea cualquiera el objeto que persiguen, e hizo notar que esta norma de conducta es, a su juicio, la que deben seguir los demás Centros de España. Esta unión estrecha y cordial con las agrupaciones afines —añade— aseguró el éxito y fué garantía de los positivos resultados que se han obtenido con el mitin últimamente celebrado en Salamanca contra la pública inmoralidad.

Por último, dió cuenta de los proyectos relativos al señalamiento de un día de retiro trimestral reglamentario para todos los Centros de la región, a la constitución de una Asociación de Padres de Familia y a la fundación de Congregaciones en los pueblos de la diócesis.

El Sr. CARRAL, representante de Oviedo, dice que la actuación del Círculo de Estudios ovetense, sin circunscribirse exclusivamente a este punto, da especial preferencia a la labor de formación de los propagandistas y a su aprendizaje mediante el examen de las encíclicas de los Papas.

Explicó a continuación cómo están organizadas en Asturias las Juventudes Católicas parroquiales, cuyo apostolado se extiende a instituciones similares misioneras, de las que hay ya fundadas varias en Mieres, Avilés y Gijón.

El Sr. REDONDO, secretario del Centro de Valladolid, da cuenta de que éste tiene actualmente 25 miembros, entre numerarios e inscritos, y habló después de la actuación de su Círculo de Estudios y del examen y comentarios que los circulantistas han hecho de las encíclicas y de las modernas teorías sociales. Explicó la forma en que se hacen los retiros reglamentarios, trimestral y mensual; puso de manifiesto la actuación individual de los propagandistas vallisoletanos en diversas esferas de la actividad, incluso en el periodismo, y terminó haciendo especial mención, por el fruto que de ellos se obtuvo, de los ejercicios espirituales dados en algunos pueblos de la provincia.

Asuntos generales.

La Asamblea pasó a ocuparse de cuestiones generales propuestas por los asambleístas.

El representante de Valladolid hizo una somera reseña del mitin celebrado no hace mucho en esta capital contra la pública inmoralidad y se detuvo a detallar la meritoria labor realizada por la Junta diocesana de Acción Católica, que intervino con plausible celo en las gestiones preliminares. Recalcó la importancia extraordinaria que tuvo el mitin y que le dió, entre otras circunstancias, la presencia de todas las autoridades regionales y provinciales, así civiles como militares y eclesiásticas, pues al mitin asistieron el capitán general, los gobernadores militar y civil (propagandista éste del Centro de Madrid), los presidentes de la Diputación, de la Audiencia y de la Junta diocesana de Acción Católica y otras muchas personalidades.

El representante de Salamanca dijo que de la Junta diocesana de Acción Católica de aquella capital forman parte el secretario del Centro y dos propagandistas más, y que el secretario es también miembro integrante del Comité de actividad de la mencionada Junta diocesana.

Juventudes católicas.

Uno de los temas sometidos a la deliberación de la Asamblea fué el de las Juventudes católicas.

El Sr. ESCUDERO, de Valladolid, defendiendo la conveniencia, más bien la necesidad, de que las Juventudes que se funden en los pueblos sean para responder a la realidad, eminentemente campesinas, y pone de relieve toda la trascendencia social de este propósito y el mejoramiento individual que se obtendrá de él cuando los campesinos puedan ser directores aptos y preparados de la actividad encomendada a los Sindicatos agrícolas. Enumera lo que se ha conseguido ya por medio de una intensa propaganda deportiva y cultural de la más variada índole. Se han fundado Centros de Juventud Católica campesina en 17 pueblos; pero de ellos sólo algunos muestran actividad y tienen vida próspera.

Examinó después el Sr. Escudero el grado de preparación y cultura que se da en los jóvenes, por regla general, para sacar la deducción de que por el momento sólo cabría infundir vida constante a aspirantazgos de Juventudes, compuestos de jóvenes menores de quince años. Añadió que la colaboración de los maestros es de todo punto necesaria y, aceptada esta necesidad, defendió la idea de que a los alumnos de la carrera del Magisterio se les dé ya en las Escuelas Normales la conveniente preparación por medio de Círculos de estudios, de los que ya funciona uno en la Normal de Valladolid, con reuniones semanales, que se celebran regularmente y sin interrupción.

El secretario del Centro de Valladolid da lectura de una carta, en la que el cura de Villalón hace observar de cuánto fruto sería la colaboración en los pueblos de

los estudiantes venidos de las capitales. Sería utilísima —añade el párroco— y a conseguirla habría de atenderse, formando a los estudiantes con una preparación especial.

El Sr. DÍAZ CUEVAS, de Palencia, explicó los términos en que se plantea el problema de la Juventud en los pueblos de su provincia y dijo que la labor del maestro es insuficiente, por lo que necesita como complemento la del sacerdote de la que no se debe prescindir.

A continuación se ocupó del plan de enseñanza del Bachillerato, para reiterar su opinión de que los exámenes son necesarios e indispensables para mantener el celo del maestro, que de este modo podrá comprobarse en cada caso, así como el éxito de la misión educativa que se le haya confiado. Hizo una enumeración de las ventajas que advierte en el Bachillerato elemental; pero apuntó una salvedad, respecto de los tres cursos de francócs, que le parece más racional sean sustituidos por otros tantos de latín. Por último, abogó por la intensificación de la enseñanza religiosa en los estudios secundarios y por la asistencia colectiva de los alumnos a las prácticas religiosas de precepto y consuetudinarias o tradicionales, asistencia que estima indispensable para la formación del escolar.

El Sr. GIL ROBLES, del Centro de Madrid, dió cuenta a la Asamblea con todo género de detalles del éxito de algunas Juventudes parroquiales y de la fecunda y trascendente labor que vienen realizando y citó como ejemplo digno de ser imitado el Centro instituido en Madrid en la Parroquia de la Paloma, que, como se sabe, está enclavada en uno de los más típicos y populosos barrios de la Corte. Hizo resaltar el admirable celo del párroco de la Paloma y de los sacerdotes que le ayudan en la meritoria obra y sentó la conclusión, con carácter general, de que allí donde hay un párroco hay o habrá juventud parroquial, siempre que se le dé al párroco la asistencia indispensable para el ejercicio de esta misión, circunscrita a ese apostolado.

El Sr. ALDASORO, del Centro de Santander, intervino en este punto del debate para mostrarse de acuerdo con el Sr. Gil Robles y para pedir que ya en las aulas de los Seminarios se comience a ilustrar a los seminaristas en este especial cometido social, que será uno de los que habrán de reclamar su celo en el ejercicio de su ministerio sacerdotal y de apostolado.

Resumen del Presidente.

El presidente de la Asociación, D. Angel Herrera, hizo el resumen de los temas tratados y expuso la doctrina de la Iglesia, la disciplina cristiana y la obediencia bienhechora y fecunda, así como su sentir en cuestiones de tan extraordinaria trascendencia en el orden social como en el nacionalismo, la intervención y supremacía del poder espiritual, la enseñanza religiosa en la educación, las organizaciones internacionales de carácter no católico, etc.

El Sr. Fuentes Pila y la Asamblea.

Es obligado, con obligación de estricta justicia, expresar desde las columnas del Boletín de la Asociación la gratitud de los propagandistas que acudieron a Valladolid, a nuestro compañero el gobernador civil de aquella provincia, don Santiago Fuentes Pila, del Centro de Madrid.

El Sr. Fuentes Pila, abriendo un paréntesis en el cumplimiento de sus deberes oficiales, para cumplir con el para él muy grato de saludar a sus compañeros de Asociación, bajó a la estación para recibir a los asambleístas, les acompañó y hospedó en el espléndido palacio del Gobierno civil al Sr. Herrera y acudió a la estación a despedirle.

En el acto de la Asamblea, el Sr. Fuentes Pila ocupó un puesto entre los propagandistas y rehusó el que se le ofrecía en la Presidencia.

Asistió también a la comida íntima de la noche.

CENTRO DE MADRID**SE INTENSIFICARA LA PROPAGANDA DE JUVENTUDES CATOLICAS**

La Federación de Estudiantes Católicos pedirá el Bachillerato clásico y la creación de Facultades de Teología en las Universidades.

El Círculo de Estudios del Centro de Madrid reanudó sus tareas del curso, pasadas las vacaciones de Navidad, el jueves 12 de enero. Presidió esta primera reunión, por ausencia del Sr. Herrera, D. José M.^a Gil Robles.

El problema nacionalista.

El Sr. González Ruiz (D. Moisés) expuso el pensamiento nacionalista del Padre Cathrein, comenzando por el nacionalismo político, para el estudio del cual arrancó de la necesidad que el hombre tiene de constituirse en Estado, y fijó el concepto de la nacionalidad con sus limitaciones y características, estableciendo seguidamente la distinción entre nación y pueblo y entre ciudadanía y patriotismo.

El Sr. Valiente creyó ver en el pensamiento del P. Cathrein cierta falta de valores espirituales, por lo que se refiere a los elementos constitutivos de la nacionalidad, tales como la conciencia nacional, la cultura y la religión, y preguntó si estos valores espirituales merecen menor consideración que los valores materiales de tipo físico, lengua y costumbres, que el P. Cathrein señala, y si esta falta de valores espirituales puede considerarse como una laguna en la doctrina expuesta.

El Sr. Manzano interviene en el debate para exponer su criterio de que la religión, como elemento constitutivo de las naciones, debe elevarse, por lo menos, al mismo rango que la lengua.

El Sr. Gil Robles sostuvo su punto de

ENCÍCLICA “MORTALIUM ANIMOS”

SOBRE LA UNION DE LAS IGLESIAS ⁽¹⁾

A LOS VENERABLES HERMANOS, PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS
Y A LOS DEMAS ORDINARIOS EN PAZ Y COMUNION CON LA SEDE APOSTÓLICA

«Para fomentar la verdadera unidad religiosa.»

Pío, PAPA XI.

Una teoría falsa.

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica:

Nunca tal vez impulsó el corazón de los hombres tan vivo como lo vemos en nuestros días el deseo de esforzarse a fin de extender para el bien común de la humana sociedad aquellas relaciones fraternas por las cuales estamos estrechamente unidos todos con los vínculos de la misma naturaleza y origen. En efecto: no disfrutando todavía las naciones plenamente de los dones de la paz, estallando más bien en ciertos sitios las discordias antiguas y nuevas en sediciones y luchas civiles y no pudiéndose, por otra parte, dirimir los conflictos, harto numerosos, que se refieren a la tranquilidad y a la prosperidad de los pueblos si no intervienen la acción y obra concorde de aquellos que gobiernan los estados y rigen y promueven sus intereses, fácilmente se comprende (tanto más que hoy convienen todos en la unidad del género humano) que sean muchos los que desean ardientemente ver cada vez más unidas entre sí las varias naciones, llevadas a ello de esta universal fraternidad. Igual objeto se proponen algunos en lo que se refiere a la ordenación de la nueva ley promulgada por Jesucristo Nuestro Señor.

Persuadidos de que rarísimamente se encuentran los hombres desposeídos de todo sentimiento religioso, parece que de ello sacan argumento para esperar que los pueblos, aunque disconformes entre sí en materia de religión, pueden convenir, no obstante, sin dificultad en la profesión de algunas doctrinas, como fundamento común de vida espiritual. Por lo tanto, suelen convocar congresos, reuniones y conferencias con gran asistencia de personas, e invitar promiscuamente a discutir a todos, tanto infieles de todo grado como cristianos, y hasta los que miserablemente apostataron de Cristo o los que con obstinada pertinacia niegan la divinidad de su persona y de su misión.

No pueden, ciertamente, obtener la aprobación de los católicos tales tentativas, fundadas como están sobre la falsa teoría que supone buenas y laudables todas las religiones, porque todas, aunque de manera diversa, manifiestan, sin embargo, y significan igualmente aquel sentimiento, congénito en todos, por el cual nos sentimos llevados a Dios y a reconocer con el debido obsequio su dominio. Ahora bien: los secuaces de tal teo-

ría no solamente están en error, sino que repudian la verdadera religión, depravando su concepto e inclinándose poco a poco al naturalismo y al ateísmo, de donde se sigue claramente que todos los que se adhieren a los fautores de tales teorías y tentativas se alejan claramente de la religión revelada por Dios.

Falaces aplicaciones.

Pero donde bajo la apariencia del bien se esconde más fácilmente el engaño es cuando se trata de promover la unidad entre todos los cristianos.

¿No es justo, por ventura, van diciendo, más aún, no es conforme al deber que todos los que invocan el nombre de Cristo se abstengan de mutuas recriminaciones y se unan de una vez con los vínculos recíprocos de la caridad? ¿Y quién osaría decir que ama a Jesucristo si no se pone con todas sus fuerzas a seguir el deseo de El, que rogó al Padre para que sus discípulos fueran «una sola cosa»? ¿Y el mismo Jesucristo no quiso también que sus discípulos se distinguiesen de los otros por esta nota del amor recíproco, «en esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros»? Y pluguiese al Cielo, añaden, que todos los cristianos fuesen «una sola cosa»; así estarían en mejores condiciones para alejar la peste de la impiedad, la cual, serpenteando y difundiéndose cada día más, amenaza destruir el Evangelio.

Estos y otros argumentos semejantes presentan y amplifican los que se llaman *pancristianos* y éstos, además de no limitarse a pequeños y no raros grupos, han crecido, por decirlo así, hasta formar legiones enteras, reuniéndose en sociedades extensas, casi siempre bajo la dirección de hombres acatólicos y hasta discordes entre sí en materia de fe. Y, en tanto, promueven la empresa con tal actividad, que se concilian aquí y allí numerosas adhesiones y se cautivan el ánimo de muchos católicos con la halagüeña esperanza de lograr una unión que parece responder a los deseos de la Santa Madre Iglesia, la cual ciertamente nada tiene más a pecho que llamar para que vuelvan a su regazo los hijos extraviados; pero bajo estos insinuantes halagos de palabras se esconde un error muy grave que vasta por sí solo para deshacer los fundamentos de la fe católica.

La verdadera Iglesia.

Por lo tanto, imponiéndonos la conciencia de nuestro apostólico cargo no permitir que la grey del Señor sea seducida por dañosas ilusiones, llamamos la

atención, venerables hermanos, para que redobléis vuestro celo contra tan gran peligro, seguros como estamos que por medio de vuestros escritos y vuestra palabra llegarán más fácilmente al pueblo y por el pueblo serán mejor entendidos los principios y argumentos que vamos a exponer. Así los católicos sabrán juzgar y regularse cuando se trate de iniciativas dirigidas a procurar de cualquier manera la unión en un solo cuerpo de todos los que se llaman cristianos.

Dios, Creador del Universo, nos creó para que lo conociésemos y sirviésemos; se sigue de aquí que tiene pleno derecho a que le sirvamos. Hubiera podido Dios, para gobierno del hombre, prescribir sola y pura la ley natural, esculpida por El en nuestro corazón en la Creación misma, y con su ordinaria Providencia regular los progresos de esta misma ley. Preferió, en cambio, imponernos preceptos en el curso de los siglos, o sea desde el origen del género humano a la venida y predicación de Jesucristo. El mismo quiso enseñar al hombre los deberes que unen a los seres racionales con su Creador: «Dios, que muchas veces y de muchas maneras habló en otro tiempo a los Padres por medio de los profetas, últimamente en estos días nos habló por medio del Hijo.» De lo cual se deduce que no puede darse verdadera religión fuera de la que se funda en la palabra revelada por Dios, la cual revelación, comenzada desde el principio y continuada en el Antiguo Testamento, fué cumplida después en el Nuevo por el mismo Jesucristo. Ahora bien: si Dios ha hablado, y es ciertamente histórico que lo hizo, todos comprenden que es deber del hombre creer absolutamente en la religión de Dios y obedecer en todo a sus mandatos, y precisamente para que cumplamos rectamente una y otra cosa, para gloria divina y salvación nuestra, el Unigénito Hijo de Dios fundó en la tierra su Iglesia. Por lo tanto, pensamos rectamente que todos los que se profesan cristianos no pueden creer más que en la institución de una Iglesia, y de una sola, por obra de Cristo; pero si se investiga, además, cuál debe ser ella, según la voluntad de su Fundador, entonces no todos convienen. En efecto: muchos niegan, por ejemplo, que la Iglesia de Cristo deba ser visible, a lo menos en el sentido de que debe aparecer como un solo cuerpo de fieles, concordes en una sola e idéntica doctrina, bajo un único ministerio y gobierno, entendiendo por Iglesia visible nada más que una sociedad formada de las varias comunidades cristianas, aunque profesen quién una, quién otra

(1) Traducción del texto italiano publicada por el *Osservatore Romano*.

doctrina, hasta si son doctrinas opuestas entre sí. En cambio, Cristo Nuestro Señor fundó su Iglesia como sociedad perfecta, externa y sensible por su naturaleza, a fin de que prosiguiese en el tiempo por venir la obra de la salvación del género humano, bajo la guía de un solo jefe, con el magisterio de viva voz, con la administración de los sacramentos, fuente de la gracia celeste; por tanto, en sus parábolas la declaró semejante a un reino, a una casa, a un retil, a un rebaño. Tal Iglesia, así maravillosamente constituida, muertos su Fundador y los apóstoles, que primeramente la propagaron, no podía en absoluto cesar ni extinguirse, puesto que a ella le había sido confiada la misión de conducir a la salvación eterna a todos los hombres, sin distinción de tiempo ni lugar: «Id, pues, y enseñad a todas las gentes.» Ahora bien: en el continuo cumplimiento de esta misión, ¿faltará quizás a la Iglesia el valor y la eficacia si está continuamente asistida por el mismo Cristo, según su solemne promesa: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo?»

Necesariamente, por tanto, no sólo la Iglesia de Cristo debe subsistir hoy, mañana y siempre, pero, además, debe subsistir tal cual fué en los tiempos apostólicos si no queremos afirmar el absurdo de que Jesucristo ha fracasado en su intento o ha errado cuando afirmó que las puertas del infierno no pueden prevalecer contra su Iglesia.

Ideal opuesto a la verdad.

Y aquí se presenta la oportunidad de aciarar y refutar una falsa opinión, de la cual parece desprenderse toda la cuestión presente y traer origen la acción múltiple de los acatólicos, que tienden, como hemos dicho, a la unión de las Iglesias cristianas.

Los promovedores de esta iniciativa no acaban de citar las palabras de Cristo: «que todos sean una sola cosa», «se hará un solo rebaño y un solo pastor», en el sentido, no obstante, de que aquellas palabras expresan un deseo y una plegaria de Jesucristo todavía no realizados. Sostienen, en efecto, que la unidad de la fe y del gobierno, nota distintiva de la verdadera y única Iglesia de Cristo, no ha existido nunca antes de ahora, aunque hoy puede desearse, y tal vez en lo futuro se podrá alcanzar mediante la buena voluntad de los fieles; pero por ahora sería un puro ideal. Dicen también que la Iglesia, por sí o por su naturaleza, está dividida en partes, es decir, que consta de muchísimas iglesias o comunidades particulares, las cuales, separadas hasta ahora, aun teniendo algunos puntos comunes de doctrina, se diferencian en otros; que a cada una competen los mismos derechos, y que la Iglesia, a lo más, fué única y una en la edad de los apóstoles hasta los primeros concilios ecuménicos. Añaden, por lo tanto, que, aparte las controversias y las antiguas diferencias de opinión que hasta nuestros días tuvieron

dividida la familia cristiana, con la remanente doctrina se podría formar y proponer una norma común de fe, en cuya profesión todos puedan reconocerse y sentirse hermanos, y que solamente unidas por un pacto universal las múltiples Iglesias o comunidades estarán en grado de resistir válidamente y con fruto a los progresos de la incredulidad. Así, venerables hermanos, se va diciendo comúnmente; pero hay algunos que afirman y conceden también que, demasiado inconsideradamente, el Protestantismo rechazó algunos puntos de fe y algún rito del culto externo, ciertamente aceptable y útil, que la Iglesia romana todavía conserva. Pero pronto añaden que esta misma Iglesia corrompió el antiguo Cristianismo añadiendo y proponiendo a la creencia varias doctrinas, no sólo extrañas, sino contrarias al Evangelio, entre las cuales enumera como principal el primado de jurisdicción concedido a San Pedro y a sus sucesores en la Sede romana. Entre éstos hay algunos también, pocos en verdad, los cuales conceden al Romano Pontífice un primado de honor o una cierta jurisdicción y potestad. Pero no los hacen derivar del derecho divino, sino en cierto modo del consentimiento de los fieles, y algunos llegan hasta a querer que el mismo Pontífice sea jefe de las varias secciones. Si es fácil encontrar muchos acatólicos que predicán con bellas palabras la comunión fraterna en Jesucristo, no se encuentra uno siquiera al cual venga a las mentes someterse al gobierno del Vicario de Cristo o prestar atención a su magisterio. Y en tanto afirman que quieren tratar gustosamente con la Iglesia romana, pero en igualdad de derechos, esto es, de tú a tú. No hay duda que, si pudiesen tratarla así, lo harían con la intención de llegar a un acuerdo que les permitiese conservar aquellas opiniones que los han tenido hasta ahora fuera del único redil de la Iglesia.

La Iglesia no puede pactar

con el error.

Con tales condiciones es claro que la Sede Apostólica no puede participar de ninguna manera en sus reuniones y de ningún modo pueden los católicos adherirse o prestar ayuda a tales tentativas. Si esto hiciesen, darían autoridad a una falsa religión cristiana, bien diversa de la única Iglesia.

¿Pero podremos Nos tolerar la inicua tentativa de ver arrastrada a divisiones la verdad, y la verdad divinamente revelada, porque aquí se trata únicamente de defender la verdad revelada? Jesucristo envió por todo el mundo a los apóstoles a predicar el Evangelio a todas las naciones y, para que no errasen en nada, quiso, ante todo, que fuesen amaestrados en plena verdad por el Espíritu Santo. ¿Por ventura esta doctrina de los apóstoles vino a menos o se ofuscó tal vez en la Iglesia, dirigida y custodiada por el mismo Dios? Y si Nuestro Redentor dijo abiertamente que su Evangelio era, no solamente para el período apos-

tólico, sino también para las edades futuras, ¿pudo, por ventura, el objeto de la fe, con el transcurrir del tiempo, venir tan oscuro e incierto que puedan tolerarse opiniones entre sí contrarias? Si esto fuese verdad, se debería igualmente decir que la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles y la perpetua permanencia en la Iglesia del mismo Espíritu y hasta la predicación de Jesucristo han perdido desde hace siglos toda su gracia y utilidad, lo cual sería blasfemia. Además, el Unigénito Hijo de Dios no sólo no mandó a sus enviados que amaestrasen a todas las naciones: también las obligó a prestar fe a las verdades que les fuesen anunciadas por los testimonios preordenados por Dios, y a su preceptos impuso la sanción de que «el que crea y sea bautizado será salvo y el que no crea será condenado». Pues bien: este doble mandato de Cristo, que debe observarse necesariamente, de enseñar y de creer para obtener la eterna salvación, no podría comprenderse si la Iglesia no propusiera entera y clara toda la doctrina evangélica y no estuviese inmune de todo peligro de error al enseñarla. Por esto está lejos de lo cierto el que, admitiendo en la tierra un depósito de la verdad, piensa que deba buscarse con fatigosa labor, con tan diuturno estudio y discusiones, que difícilmente podría bastar la vida de un hombre para encontrarlo y utilizarlo. Como si el benignísimo Dios hubiese hablado por medio de los profetas y de su Unigénito a fin de que pocos solamente, y ya entrados en años, aprendiesen las verdades por él reveladas y no para imponer la doctrina moral que debe regir al hombre en todo el curso de su vida.

La unidad de fe es fundamental.

Podrá parecer que estos *pancristianos*, ocupados enteramente en unir las Iglesias, tiendan al fin nobilísimo de fomentar la caridad entre todos los cristianos. Pero ¿cómo podría la caridad establecerse en daño de la fe? Nadie ignora, ciertamente, que el mismo Apóstol de la caridad, San Juan, el cual en su Evangelio parece haber revelado los secretos del Corazón Sacratísimo de Jesús y que siempre solía inculcar a los discípulos el nuevo mandamiento: «Amaos los unos a los otros», ha prohibido terminantemente tener relaciones con aquellos que no profesan entera e incorrupta la doctrina de Cristo: «Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni lo saludéis siquiera.» Por lo tanto, apoyándose la caridad sobre el fundamento de la fe íntegra y sincera, es necesario que los discípulos de Cristo estén principalmente unidos por el vínculo de la unidad de la fe. ¿Cómo podría, pues concebirse que una sociedad cristiana, cuyos miembros, hasta cuando se tratase del objeto de la fe, pudiesen retener cada uno un propio modo de pensar y juzgar, aunque contrario a las opiniones de los otros?

¿Y de qué manera podrían hombres que siguen sentencias contrarias formar

parte de una sola y uniforme sociedad de fieles? Así hay quien afirma, para citar algunos ejemplos, que la tradición sagrada es fuente genuina de la divina revelación y quien lo niega; quien tiene por divinamente constituida la jerarquía eclesiástica, formada por obispos, sacerdotes y ministros, y quien afirma que se fué introduciendo poco a poco por las condiciones de los tiempos y de las cosas; quien adora a Cristo, realmente presente en la Santísima Eucaristía, por aquella admirable conversión del pan y del vino, que se llama *transubstanciación*, y quien afirma que el Cuerpo de Jesucristo está sólo presente allí por la fe o por el signo y la virtud del sacramento; quien reconoce en la misma Eucaristía la naturaleza de sacrificio y de sacramento y quien sostiene que es solamente una memoria o conmemoración de la Cena del Señor; quien estima buena y útil la suplicante invocación de los Santos que reinan con Cristo, sobre todo de la Virgen María, Madre de Dios, y de la veneración de sus imágenes, y quien pretende que tal culto es ilícito porque es contrario al único mediador de Dios y de los hombres, Cristo Jesús.

De tan grande diversidad de opiniones no sabemos cómo puede prepararse el camino para formar la unidad de la Iglesia, puesto que ésta no puede vivir sino por un solo magisterio, por una sola ley de creer y por una sola fe en los cristianos. Sabemos, en cambio, muy bien que de esta diversidad es difícil el paso al descuido de la Religión, es decir, al indiferentismo y al así llamado modernismo, el cual hace sostener a los que con él están miserablemente infestados que la verdad dogmática no es absoluta, sino relativa; o sea, proporcionada a la diversidad de los tiempos y de los lugares y a las varias tendencias de los espíritus, no estando ella basada sobre la revelación inmutable, sino sobre su adaptabilidad a la vida.

Además, en materia de fe no es lícito recurrir a aquella diferencia que se quiere introducir entre artículos fundamentales y no fundamentales, como si los primeros debieran admitirse por todos y dejarse los segundos a la libre aceptación de los fieles. La virtud sobrenatural de la fe, teniendo por causa la formal autoridad de Dios revelante, no permite tal distinción. Así que todos los cristianos prestan, por ejemplo, al dogma de la Inmaculada Concepción la misma fe que al de la augusta Trinidad y creen en la Encarnación del Verbo, no de otra manera que el magisterio infalible del Romano Pontífice, en el sentido, claro está, determinado por el ecuménico Concilio Vaticano. No por haber sido estas verdades definitivamente declaradas con solemne decreto por la Iglesia, unas en un tiempo y otras en otro, aún cercano de nosotros, son por ello menos ciertas y creíbles. ¿No las ha revelado todas Dios? El magisterio de la Iglesia, que, por divina providencia, fué establecido en ella a fin de que las verdades reveladas se conservasen incólumes fácilmente y con seguridad llegasen

al conocimiento de los hombres, aunque cotidianamente se ejercite por el Romano Pontífice y por los obispos en comunión con él, tiene, no obstante, el cargo de proceder oportunamente a la definición de algún punto con ritos y decretos solemnes si sucede que deba oponerse con más eficacia a los errores y a los asaltos de los herejes, o también imprimir mejor en la mente de los fieles puntos de doctrina sagrada más clara y profundamente explicados. Sin embargo, con este uso extraordinario del magisterio no se introducen invenciones ni se añade algo de nuevo a la suma de aquellas doctrinas, que al menos están contenidas en el depósito de la revelación, divinamente confiado a la Iglesia, sino se declaran puntos que a algunos podrían parecer todavía oscuros o se establecen como materias de fe verdades que antes algunos reputaban controvertibles.

Vuelvan al Padre común.

Por lo tanto, venerables hermanos, fácilmente se comprende cómo esta Sede Apostólica no ha permitido a los suyos intervenir en los congresos de los acatólicos, porque no se puede fomentar la unidad de los cristianos de otro modo sino procurandó el retorno de los disidentes a la única y verdadera Iglesia de Cristo, de la cual ellos un día, desgraciadamente, se alejaron; aquella única y verdadera Iglesia de Cristo, que a todos, ciertamente, se manifiesta por voluntad de su Fundador, debe permanecer siempre tal cual El mismo la instituyó para la salvación de todos. Porque la mística Esposa de Cristo en el curso de los siglos nunca se contaminó ni podrá jamás contaminarse según las hermosas palabras de Cipriano: «No puede adulterarse la Esposa de Cristo, es incorruptible y pudorosa, conoce una sola casa, custodia con casto pudor la santidad de una sola vivienda.» De donde el mismo Santo mártir se maravillaba mucho, con razón, de que alguno pudiese creer que esta unidad, procedente de la estabilidad divina y confirmada por los sacramentos celestiales, pueda romperse en la Iglesia y dividirse por disensión de voluntades discordantes. Siendo el cuerpo místico de Cristo, a saber, la Iglesia, bien unido y sólidamente trabado como su cuerpo físico, sería gran necesidad decir que el cuerpo místico puede formarse con miembros desunidos y separados. Por lo tanto, todo el que no está unido con él no es miembro de él ni comunica con su cabeza, que es Cristo.

Ahora bien, en esta Iglesia de Cristo ninguno se halla y ninguno persevera sin reconocer ni aceptar con suma obediencia la suprema autoridad de Pedro y de sus legítimos sucesores. ¿Y al Obispo Romano, como sumo Pastor de las almas, no obedecieron acaso los antepasados de aquellos ofuscados por los errores de Focio y de los protestantes? Desgraciadamente, los hijos abandonaron la casa paterna; pero no por eso ésta se arruinó, pues estaba sostenida por el continuo apoyo de Dios. Vuelvan, pues, al Padre común, y éste, olvidando las injurias

lanzadas contra la Sede Apostólica, los recibirá con todo el afecto de su corazón. Y si, como dicen, desean unirse con Nos y con los nuestros, ¿por qué no se dan prisa para volver a la Iglesia, madre y maestra de todos los que siguen a Cristo? Oigan también las afirmaciones de Lactancio: «Solamente... la Iglesia Católica es la que conserva el culto verdadero. Esta es la fuente de la verdad y domicilio de la fe. Ella es templo de Dios, en el cual, si alguno no entra o si de él sale, queda alejado de la esperanza de vida y de salud. Y no conviene que otros procuren engañarse a sí mismos con disputas pertinaces. Aquí se trata de la vida y de la salvación. El que no las busque con diligente cautela vendrá a menos y se extinguirá.»

Oremos y esperemos.

Por lo tanto, a la Sede Apostólica, colocada en esta ciudad por los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo, consagrada con su sangre, a la Sede raíz y matriz de la Iglesia Católica vuelvan los hijos disidentes, no ya con la idea y la esperanza de que la Iglesia de Dios vivo, la columna y el sostén de la verdad, malbarate la integridad de la fe y tolere sus errores, sino para someterse al magisterio y al gobierno de ella. ¡Quiera el Cielo que nos tocase a Nos felizmente lo que hasta ahora no tocó a nuestros predecesores, o sea, el poder abrazar con corazón de padre a los hijos que lloramos alejados de nosotros por funesta división! Que nuestro divino Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, escuchando nuestras ardientes oraciones, se digne llamar de nuevo a la unidad de la Iglesia a todos los extraviados. Con este objeto invocamos y queremos que se invoque la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre de la divina gracia, deladora de todas las herejías y auxilio de los cristianos, a fin de que, cuanto antes, nos impetre la aurora de aquel día deseadisimo en que todos los hombres oigan la voz de su divino hijo, conservando la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz.

Bien comprenderéis, venerables hermanos, cuánto Nos deseamos este retorno y deseamos ardientemente que lo sepan todos nuestros hijos, no solamente los católicos, sino también los disidentes, los cuales, si imploran con humilde oración las luces celestiales, reconocerán, sin duda, la verdadera Iglesia de Cristo, y en ella entrarán, finalmente, unidos con Nos en perfecta caridad.

Esperando tal acontecimiento, como prenda de los divinos favores y testimonio de nuestra paterna benevolencia, a vosotros, venerables hermanos, al Clero y al pueblo vuestro damos de todo corazón la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día seis de enero, fiesta de la Epifanía de Nuestro Señor Jesucristo, el año 1928, sexto de nuestro pontificado.

Historia del movimiento de unión de las Iglesias.

Las primeras tentativas.—El «movimiento de Oxford».—La Asamblea de Lambeth.—Las conferencias de Malinas.—El momento actual.

Para situar la precedente encíclica en el vasto campo del asunto que abarca, nos ha parecido conveniente trazar, si quiera sea a grandes rasgos, la historia del movimiento iniciado de antiguo en todo el mundo hacia la unidad religiosa.

Lord Halifax y Portal.

La unión de los cristianos es anhelo antiquísimo, principalmente a partir del gran rompimiento de los protestantes en la décima sexta centuria. Al siglo de este acontecimiento ya se sintió la necesidad de restaurar la unidad de la Iglesia, y a conseguirlo tendieron las gestiones realizadas por el obispo católico Rogas y el abad protestante Molanus, primero, y después por Bossuet y Leibnitz. El verdadero movimiento moderno nació en 1833, a raíz del sermón que sobre «La apostasía nacional» pronunció en Oxford el catedrático de aquella Universidad, profesor Keble. Las palabras de éste produjeron profunda impresión en las almas de muchos de sus discípulos, y a poco, un convertido fundó una «Asociación de universal oración para la conversión de Inglaterra», que se extendió rápidamente por Europa y que dió por fruto el llamado «movimiento de Oxford», dirigido por hombres eminentes, muchos de los cuales se convirtieron al Catolicismo, como Wisemán, Newman, Manning, Fober, Ward y otros.

Entretanto fueron formándose entre los anglicanos núcleos consagrados a la unión, al frente del más importante de los cuales, llamado *anglocatólico*, se puso Lord Halifax, presidente de la «English Church Union», sociedad fundada para «defender y mantener el carácter, la doctrina y la disciplina católica». Lord Halifax conoció el año 1889, en la isla de Madera, a un sacerdote francés, católico, llamado Fernando Portal, y desde aquel punto y hora ambos quedaron consagrados a la gran obra de la unión.

Estos trabajos recibieron un golpe de muerte con la famosa encíclica *Apostolicae curae*, dada en 1896 por León XIII, y en la que el inmortal Papa declaró nulas las órdenes del clero anglicano. Pero las discusiones, interrumpidas por un momento, se reanudaron. El cardenal Vaughan, en nombre de los católicos ingleses, siguió buscando bases para la unión. Lord Halifax y los suyos continuaron laborando por su parte. Los protestantes de los Estados Unidos empezaron a inte-

resarse por la unión, y en 1910 se reunieron los obispos de la Iglesia episcopaliana, y se formó una Comisión, encargada de organizar una conferencia general, al mismo tiempo que se invitaba a todos los cristianos que confiesan a Cristo como Hijo de Dios y Salvador a que ayuden a este fin con sus oraciones.

La guerra europea no detuvo este movimiento; pero, firmada la paz entre los beligerantes, la Iglesia anglicana lo encauzó de nuevo, entrando en tratos con algunos patriarcas de Oriente. Paralelamente, en la Iglesia católica empezaron a dibujarse importantes corrientes hacia la unión con las Iglesias orientales.

La Asamblea de Lambeth.

Así las cosas, creyeron los obispos anglicanos llegado el momento de convocar una especie de Concilio para tratar de la unión de todos los cristianos. Se celebró esta Asamblea el año 1920, en Londres, en el palacio del arzobispo de Cantorbery, Primado anglicano, y concurrieron 250 obispos. La Conferencia redactó un llamamiento dirigido a todos los miembros de la cristiandad, en el que los obispos protestantes afirmaban que había llegado el tiempo de que todos los grupos de la cristiandad separados se pusieran de acuerdo para olvidar el pasado y tender al ideal de una Iglesia católica reconciliada, haciendo una unión, aunque no fuera doctrinal. Invocaban como una de las razones de su petición la necesidad apremiante de oponerse a los avances del comunismo y del materialismo.

El mensaje, elaborado en la Asamblea de Lambeth, fué enviado a todas las *confesiones* cristianas, sobre todo a la Iglesia romana, y se hacía constar en él que no hay una unión posible si no se cuenta con la «grande Iglesia latina de occidente». Se añadía que, «si la Iglesia de Roma manifestaba deseos de discutir las condiciones de una reunión», ellos, los obispos protestantes, estaban dispuestos a tratarlas.

Pero la Iglesia romana no podía aceptar la invitación que se le hacía sin renunciar a su carácter divino.

Las conferencias de Malinas.

Lord Halifax y el sacerdote francés Portal, que seguían trabajando con gran celo para echar las bases firmes de la anhelada unión, creyeron llegado el mo-

mento de intensificar su actuación para lograr el propósito que perseguían, y, un año después, en 1921, Portal se trasladó a Malinas y se presentó en el palacio del arzobispo, cardenal Mercier, con quien tuvo una entrevista, en la que se dió cuenta del estado en que se encontraban las gestiones que Lord Halifax y él venían realizando.

El cardenal Mercier les ofreció su palacio para que se reunieran y discutieran de buena fe y, aceptado el ofrecimiento, protestantes y católicos se congregaron en el palacio arzobispal de Malinas y celebraron hasta cinco conferencias.

Como resultado de ellas, los protestantes, entre otras cosas, aceptaron que la Iglesia fué fundada por los apóstoles Pedro y Pablo.

Los católicos declararon que les había sido posible llegar fácilmente a un acuerdo con los protestantes en que el Bautismo es el medio de entrar en la Iglesia Católica; en que la Iglesia se organiza y rige por los preladados; en que en la Eucaristía se dan realmente el Cuerpo y la Sangre de Cristo, en los que se convierten el pan y el vino mediante la consagración del sacerdote. También hubo acuerdos, si bien no absolutos, en cuanto a los otros sacramentos.

Por lo que respecta a la autoridad del Papa, el acuerdo entre protestantes y católicos fué mucho más difícil...

El momento actual.

Desde las conferencias de Malinas se ha trabajado fervorosamente por la unión de las Iglesias. Su Santidad Benedicto XV estableció una octava de oraciones y rogativas, que se extendía desde la fiesta de la Epifanía hasta el 18 de enero. El mismo Pontífice compuso la elocuente oración por Rusia, en su encíclica sobre la unión de las Iglesias orientales; instituyó una Congregación especial para dichas Iglesias y un Instituto para la formación del clero de aquel rito y, bajo sus auspicios, obispos y religiosos apostólicos emprendieron activas campañas entre los cristianos de Oriente.

Pío XI, felizmente reinante, ha añadido nuevas actividades a la obra de sus predecesores. En Bélgica se ha fundado una abadía, cuyos monjes trabajan en el campo de la unión de los orientales; en Moravia se celebran reuniones anuales con el mismo objeto, entre los grecoeslavos laboran ilustres preladados y el verano pasado se reunieron en Bruselas buen número de sacerdotes y escritores católicos para tratar de llevar a cabo esta unión. Además de la *Mortalium animos*, Pío XI se ha ocupado en dos encíclicas de la unión de las Iglesias, en la *Ubi arcano Dei* y la de *San Josaphat*.

vista de que en cada caso concreto, cuando se hable de una nación determinada, será preciso buscar la resultante de los diversos factores constitutivos, y que en esta resultante se encontrará siempre un factor predominante que puede variar, que de hecho varía y que será el elemento religioso en unas naciones, como puede ser en otras la lengua, el elemento geográfico, etc.

El Sr. Martín Artajo (D. Alberto) continuó la exposición del pensamiento nacionalista de Minguijón, y se ocupó principalmente del regionalismo de este escritor, que no vaciló en calificar de regionalismo sano, porque Minguijón es defensor de un regionalismo moral antes que partidario del regionalismo político. En su obra total sólo trata del catalanismo, que atribuye al exclusivismo catalán, del que se pregunta si obedece a su carácter constante. Para Minguijón, el catalanismo tiene razón de ser en orden al regionalismo, y lo que hay que hacer es depurarlo y modernizarlo. Las alarmas que el catalanismo ha podido producir vienen de la deformación del sentimiento catalanista. Minguijón acusa a la política de Madrid, escuela de declamación política, de ser la causa de la separación de Castilla y Cataluña y afirma que la autonomía haría a Cataluña más española y menos regionalista.

Sintetizó, por último, el Sr. Martín Artajo las afirmaciones capitales hechas por D. Salvador Minguijón en la encuesta abierta por la revista *Les Lettres*. España no tiene ningún peligro de regionalismo, porque es constante su anhelo por el sentimiento de justicia. En el orden internacional hay un derecho de gentes que debe ser aceptado por todos. La colonización de América no obedeció a un sentimiento ni a un deseo imperialista, sino más bien a la expansión del sentimiento cristiano. En la Historia, pues, no aparece el peligro nacionalista. Hoy entre nosotros el fascismo no será un sueño imperialista, sino una unión ciudadana militarizada.

El Sr. Martín-Sánchez (D. Fernando) siguió haciendo la exposición de las doctrinas de Costa y puso de relieve las oscilaciones que se advierten en su obra, entre el optimismo y el pesimismo que alternativamente van solicitando su espíritu.

Se ocupó principalmente de los dos conceptos que Costa tenía de España: como ideal y como problema.

Imposición de distintivos.

El Sr. Herrera ocupó la presidencia y anunció que, en cumplimiento de acuerdo por la Asamblea general celebrada en Loyola el pasado septiembre, este año habrá imposición de distintivos a los nuevos propagandistas numerarios a quienes se les concedan, en los Centros de Madrid y Bilbao.

La obligatoriedad de la Religión en el Bachillerato.

El presidente, Sr. Herrera, cumplió el honroso encargo que le hizo el Cardenal

Primado de dar las gracias al Círculo de Madrid y a la Asociación en general, por la campaña que los propagandistas han hecho en favor de la obligatoriedad de la enseñanza de la Religión en el Bachillerato, y exhortó a todos a proseguirla como hasta aquí, esto es, respetuosamente, pero con valentía, en la defensa de los derechos de la Iglesia.

Propagandas de la Juventud Católica.

El Sr. Valiente dió cuenta al Círculo del viaje de propaganda de la Juventud Católica que acaba de realizar por Galicia en compañía del propagandista señor Madariaga.

La Juventud Católica coruñesa, a juicio del Sr. Valiente, está llamada a un gran porvenir. En el mitin celebrado en la capital gallega, al que asistieron más de 2.500 personas, y en el que los propagandistas madrileños expusieron cuál es el espíritu de la Obra, hubo extraordinario entusiasmo, que se desbordó en aplausos al declarar el Sr. Valiente que la Religión es para la Juventud Católica un deber para con Dios y un derecho, por consiguiente, para con la Patria, y que, por serlo, pide al Gobierno que ampare el ejercicio de este derecho.

Los propagandistas madrileños realizaron visitas a varias obras y organizaciones, con las que seguirán manteniendo contacto lo más íntimo posible.

En Santiago de Compostela cree el Sr. Valiente que por ahora lo que conviene hacer es procurar que revivan con más fuerza las organizaciones de estudiantes católicos. Cuando se posea de la Silla arzobispal el P. Zacarías Martínez, será llegado el momento de intentar la fundación, más que de congregaciones, que son menos amplias, de Juventudes católicas.

La campaña de propaganda planeada por el Consejo nacional de la Juventud Católica, los primeros actos de la cual se celebrarán, probablemente, en Sevilla y Zaragoza, se extenderá a toda España para que la propaganda tenga, de este modo, un carácter eminentemente popular, y, terminada que sea, se elevará un informe al Gobierno y a la sección correspondiente de la Asamblea Nacional Consultiva.

Por último, el Sr. Valiente dió a conocer al Círculo las conclusiones aprobadas en el acto de La Coruña, que son las siguientes: 1.^a, que la enseñanza de la Religión en los estudios primarios sea de carácter práctico; 2.^a, que en el Bachillerato, la enseñanza de la Religión esté a cargo del Estado, y 3.^a, que se funde en las Universidades la Facultad de Teología.

El presidente, Sr. Herrera, recogió el espíritu de estas conclusiones y dijo que, por lo que respecta a la que pide el establecimiento de facultades teológicas universitarias, tiene todo el cariño del cardenal Segura, quien, siendo obispo auxiliar de Valladolid, se pronunció en un discurso decidido partidario de ellas.

El Primado y la Acción Católica.

El Sr. Herrera hizo saber al Círculo que el nuevo cardenal Primado, Dr. Segura, se propone pasar en Madrid los últimos ocho o diez días de cada mes, para consagrarse exclusiva o principalmente, al menos, a los asuntos relacionados con la Acción Católica y recibir a quienes tengan que hacerle alguna consulta. Para poder dedicarse por completo a la ardua labor que le está confiada al cardenal Segura, ha excusado anticipadamente su asistencia a fiestas y actos oficiales y ha rogado que se le exima de esta obligación, inherente a su alta jerarquía.

La reforma universitaria.

El Sr. Martín-Sánchez (D. José) expone algunos de los más importantes proyectos de la Confederación de Estudiantes Católicos. Es uno el de dar luces y asesorar, en cierto modo, a la sección de Enseñanza de la Asamblea Nacional, encargada de dictaminar sobre las bases de la reforma universitaria. La Confederación ha estudiado, además, la actual reforma del Bachillerato y se propone hacer ambiente para pedir después que se establezca el Bachillerato clásico, formando el Estado unos cuantos seminarios de profesores. Los Estudiantes Católicos, por último, coadyuvarán desde su esfera a la campaña iniciada por la Juventud Católica en pro de la obligatoriedad de la enseñanza de la Religión en el Bachillerato y de la fundación en las Universidades de Facultades de Teología.

Dió cuenta el Sr. Martín-Sánchez de la visita del secretario de la Internacional de Estudiantes, etc., que ha venido a España expresamente para invitar a la Confederación de Estudiantes Católicos—de la que hizo grandes elogios calificándola de *realidad*—, a que forma parte de la Internacional. Que la Confederación ingrese o no en la Internacional, deberá acordarlo la Junta suprema.

El Sr. Martín Artajo dijo que la Federación de Estudiantes Católicos de Madrid le ha escrito al Rector rogándole que, en una de las sesiones que celebre la Junta constructora de la Ciudad Universitaria, dé cuenta del proyecto elaborado por los Estudiantes Católicos sobre reforma universitaria.

Luego anunció que en la Casa de Ejercicios de Chamartín comenzará el día 21 una tanda para estudiantes.

El «Boletín» de la Juventud

:- :- Católica :- :-

En la sesión celebrada por el Círculo el día 19 de enero, bajo la presidencia del Sr. Herrera, el Sr. Alarcón, D. P. A., habló del desarrollo de las Juventudes parroquiales madrileñas y mostró un ejemplar de la *Hoja Informativa* que ha comenzado a publicar la Junta diocesana. El Círculo de Estudios de la Parroquia de la Concepción, que estuvo algún tiempo sin funcionar, ha reanudado sus tareas.

El Sr. Valiente dió cuenta de los actos celebrados por la Juventud Católica en

Tarragona, con asistencia del Prelado. En Lugo se constituirá dentro de unos días la Junta diocesana, y en Córdoba, Bilbao y otros puntos se han fundado nuevos Centros parroquiales. Continuará la campaña en favor de la enseñanza de la Religión en el Bachillerato con actos anunciados ya en Zaragoza, Sevilla, Bilbao y otras capitales. También comenzarán en breve las conferencias de altura organizadas para dar mayor valor a la campaña, y que se iniciarán en Valencia.

Anunció el Sr. Valiente la próxima aparición del Boletín de la Juventud Católica, que servirá para estrechar las relaciones entre las Juntas diocesanas y la central, y que existe el propósito de convertir en revista.

Un cursillo tendencioso

El Sr. Espinosa llamó la atención del Círculo sobre un cursillo eugénico organizado por la Sociedad Amigos del Niño, que estima tendencioso por su orientación, ya que no se trata, en realidad, de problemas eugénicos, sino de plantear, alrededor de la eugenesia, problemas sociales de la más extraordinaria importancia. Recordó las cosas vergonzosas y aun blasfemas a que ha dado lugar el desarrollo de estos temas en conferencias sanitarias, mítines de higiene social, etc., y expuso su criterio de que la Asociación debe intervenir para orientar esta campaña en su verdadero sentido o, en otro caso, para hacerla fracasar.

A propuesta del Presidente se acordó, puesto que el cursillo no puede silenciarse, encargar a una persona de reconocida competencia científica que haga en *El Debate* una crítica seria, elevada y profunda de las conferencias del cursillo, si es posible, a medida que se vayan celebrando.

La Asamblea de Valladolid.

El presidente, Sr. Herrera, comunicó al Círculo su impresión sobre la Asamblea recientemente celebrada en Valladolid, y que ha sido muy interesante. En ella se destacó el progreso de las Juventudes católicas, que se extienden mucho. En la capital se han constituido dos más. En cambio, son grandes las dificultades que se oponen a la constitución de Juventudes campesinas. Se espera conseguir mucho de los ejercicios en retiro, y cogiendo a los muchachos antes de los diez y seis años.

En Santander el movimiento de la Juventud Católica es florecientísimo, gracias, gran parte, al celo del Sr. Aldasoro. Hay cuatro Centros parroquiales en la capital y muchos en los pueblos. Además, Asturias y Vizcaya pueden facilitar la celebración en común de actos de propaganda.

El Sr. Herrero Velarde, del Centro de San Sebastián, que asistía al Círculo, hizo saber que la Juventud Católica donostiarra ha comenzado a celebrar un curso de Religión y Filosofía. En todas las parroquias hay constituidos Centros, en los que funcionan Círculos de estudio. Se trata de la actualidad de que se reúne una vez por semana la Federación de Juventudes.

CENTRO DE VALENCIA

ASAMBLEA DE JUVENTUDES CATÓLICAS

Se creará la Unión diocesana.

El día 8 de enero tuvo el Centro de Valencia su primer día de retiro mensual en la forma acordada en la Asamblea regional del pasado noviembre.

Reunidos los Sres. Marqués de Lozoya, Campos, Maldonado, Osset, Castellis (J. M.), Duato, Haro y Galvañ, en La Purísima (Alacuas), y, dirigidos por un Padre jesuita, se practicaron los actos acostumbrados, de pláticas, exposición del Santísimo, Rosario, Reserva y tiempos de meditación particular, hasta las cuatro de la tarde, en que se celebró la Asamblea o reunión de costumbre.

La orientación de los Círculos.

En ella se trató principalmente de la orientación que debe seguir el Círculo de Estudios y se acordaron como puntos principales los siguientes:

Preparar convenientemente la celebración de la Asamblea diocesana de Juventudes Católicas y formar la Unión diocesana, para lo que se tropieza con la falta de hombres a quienes encargar de esta labor, que habrá de ser muy pesada por la gran variedad y el número de obras católicas a que tendrán que atender.

La parte dedicada en el Círculo de Estudios al examen metódico de algún asunto fundamental será dedicada a exponer y comentar la encíclica *Ubi arcano Dei*, después de haberse estudiado los *Principios y Bases*, del Emmo. Cardenal Reig, y luego de hecha una exposición más ligera del texto de la última encíclica de Pío XI, encomendada a una persona extraña al Círculo y versada en la materia.

De acuerdo con ello se decidió que, con carácter excepcional, cuando se crea oportuno, se invite a personas ajenas a la Asociación para que, en materias que dominen, y cuyo conocimiento les sea útil o necesario a los propagandistas, les dediquen dos o tres Círculos para exponerles la materia o asunto de que se trate.

El primer invitado será el sabio catedrático de Derecho Canónico de la Universidad de Valencia, D. Manuel Cabrera, para que exponga los principios católicos en la esfera de la etnología y las teorías evolucionistas.

La Unión diocesana de Juventudes Católicas.

A las sesiones celebradas los días 9 y 16 de enero por el Círculo de Estudios del Centro de Valencia asistieron los señores Lucía, marqués de Lozoya, Maldonado, Duato, Osset, Simó, Castellis (don José María), Atard y Haro.

Se trató de los trabajos preparatorios que se están realizando para la creación de la Unión diocesana de Juventudes Católicas y del plan definitivo para el día 22, fecha señalada para la celebración de la Asamblea en que ha de quedar constituida la Unión. Se leyeron un proyecto de Estatutos y una candidatura de las personas que han de constituir la Junta de gobierno del nuevo organismo, ambos se presentarán a la próxima Asamblea.

La doctrina de la Iglesia sobre el evolucionismo.

El catedrático de la Universidad de Valencia D. Manuel Cabrera, accediendo a la invitación que de modo especial le hiciera el Círculo, comenzó a explicar la doctrina de la Iglesia sobre las doctrinas evolucionistas en general, y especialmente sobre la biología en sus relaciones con el origen del hombre.

El conferenciante expuso un plan general de estudio del evolucionismo en forma esquemática, reduciendo las doctrinas evolucionistas a cuatro grupos: 1.º, evolución biológica; 2.º, evolución etnológica; 3.º, evolución religiosa, y 4.º, evolución dogmática, según el campo que pretendan desarrollar sus principios.

Hizo notar que, en el fondo, las doc-

trinas de estos cuatro grupos son las mismas, puesto que persiguen un solo y mismo fin: negar la dependencia del hombre, como criatura, a Dios, como Creador, y a la Iglesia católica como su único y legítimo representante.

El P. Astrain.

El día 7 de enero descansó en el Señor, en Loyola, el R. P. Antonio Astrain, S. J.

La muerte del P. Astrain constituye una dolorosísima pérdida para la Asociación de Propagandistas, al respeto y a la gratitud de la cual tenía especiales títulos, porque en los ejercicios anuales de Loyola, unas veces, y en los días de retiro de Chamartín, otras, tuvo con frecuencia a su cargo los puntos de meditación o las pláticas.

El P. Astrain nació en Undiano (Navarra) en 1857, ingresó en la Compañía de Jesús en 1871, en el noviciado de Poyanne (Francia), donde empezó sus estudios, que terminó en Carrión de los Condes y en Oña. Se ordenó de presbítero en 1886, fué catedrático de Retórica en Loyola, desde 1887 a 1890, y dirigió en Bilbao la revista *El Mensajero del Corazón de Jesús* desde 1890 a 1893. En esta fecha el entonces General de la Compañía, P. Luis Martín, le confió el honroso encargo de escribir la historia de la Compañía de Jesús en España.

De su obra, que lleva por título *La Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, deja publicados varios tomos. El primero, dedicado a la época en que vivió San Ignacio, abarca desde 1540 a 1556, y el segundo, que comprende el período de Lainez y San Francisco de Borja, se extiende desde 1556 a 1572.

Descansó en paz el virtuoso y sabio jesuita, que a estas horas, piadosamente pensando, estará gozando de la presencia de Dios.

NOTICIAS

El Sr. González Ruiz (D. Nicolás) saldrá dentro de pocos días para Cádiz, invitado por la Residencia de Normalistas de la mencionada capital andaluza, para dar una conferencia. Desarrollará el tema «Valores del siglo XIX: Tamayo y Baus.»

—Los Sres. Valiente y Madariaga, ambos del Centro de Madrid, han realizado recientemente un viaje de propaganda de la Juventud Católica por Galicia. Visitaron los Salesianos, las obras de Atocha y el Centro de Santo Tomás; hicieron uso de la palabra en una Asamblea magna celebrada en el Centro de Juventudes parroquiales y tomaron parte en un mitin organizado en pro de la intensificación de la enseñanza religiosa en el Bachillerato.

El Sr. Merino, de La Coruña, ha disertado en el Centro Cultural de Santo Tomás de Aquino, de la capital gallega, sobre el tema «Gravedad de la indiferencia en materia de Religión.»

—Ha llegado a Madrid, para asistir a los plenos que en el mes de febrero celebrará la Asamblea Nacional Consultiva, D. José María Pemán, del Centro de Cádiz.

—Don Andrés Corral, del Centro de Lugo, y el Sr. Valiente, del de Madrid, han asistido a los solemnes actos celebrados en la ciudad lucense con motivo de la entronización del Corazón de Jesús en el domicilio social de la Juventud Católica. A los actos asistió también don José Díez del Corral, como presidente de la Junta diocesana de Acción Social.